

Repensando el “trauma” frente a un mundo genocida: la sanación palestina es un sonido de nuestra victoria*

Rethinking Trauma Against a Genocidal World: Palestinian Healing is a Sound of our Victory

Devin George Atallah

Universidad de Massachusetts Boston (Estados Unidos)

Yasser Matar Abu-Jamei

Programa de Salud Mental Comunitaria de Gaza (Palestina)

Resumen. En este ensayo, dos sanadores de salud mental y padres palestinos ofrecen reflexiones sobre el trauma, la sanación y el amor ante el genocidio israelí y la violencia colonial en Palestina. Reconociendo que el trauma y los procesos de sanación se extenderán mucho más allá de cualquier momento de alto el fuego, los autores, uno de los cuales sobrevivió al genocidio en Gaza, ofrecen perspectivas como partes integrales de sus propias experiencias personales y profesionales. De este modo, reimaginan el trauma que enfrentan las comunidades indígenas como resultado del colonialismo no como una “enfermedad mental”, sino como algo conectado con el silencio y la incapacidad del mundo para detener el genocidio de maneras que protejan la liberación colectiva palestina. Concluyen que el trauma palestino es un mensaje intergeneracional a un mundo genocida, que requiere una escucha valiente. La sanación palestina, ofrecen, es un sonido de victoria palestina.

Palabras clave: amor descolonial; duelo/luto; Gaza; genocidio; intergeneracional; Palestina; trauma

Abstract. In this essay, two Palestinian healers, mental health workers, and fathers offer reflections on trauma, healing, and love in the face of Israeli genocide and settler-colonial violence across Palestine. Recognizing that the trauma and healing processes will extend much further than any moment of ceasefire, the authors, one of whom survived the genocide in Gaza, offer insights into trauma and healing as integral parts of their own personal and professional experiences. In doing so, they reimagine the trauma that Indigenous communities face as a result of settler colonialism not as a “mental illness,” but as being connected to the silence and inability of the world to stop genocide in

* Traducción al español de Alejandra Atallah a partir de la versión original en inglés publicada con el título “Rethinking Trauma Against a Genocidal World: Palestinian Healing Is a Sound of Our Victory” en el número 54 del *Journal of Palestine Studies*.

ways that protect collective Palestinian liberation. They conclude that Palestinian trauma is an intergenerational message to a genocidal world, requiring courageous listening in the face of the ongoing Nakba. Palestinian healing, they offer, is a sound of Palestinian victory.

Keywords: decolonial love; Gaza; genocide; grief; healing; intergenerational; Palestine; trauma.

Introducción

Nosotros, dos sanadores y trabajadores de la salud mental palestinos (el psicólogo Dr. Devin George Atallah y el psiquiatra Dr. Yasser Matar Abu-Jamei), nos reunimos para escribir este ensayo con el fin de ofrecer reflexiones sobre el trauma, la sanación y el amor frente al genocidio y los devastadores intentos de ‘ebada’ (aniquilación en árabe) en Gaza y la violencia colonial en toda Palestina. En un principio, comenzamos a escribir este texto para representar el cuidado mutuo, como dos sanadores y padres palestinos que intentamos acompañar a nuestro pueblo y a nuestros hijos en espacios de desesperación psicológica y dolor interminable a través de nuestro trabajo de sanación, incluyendo a nuestras familias y colegas desde Gaza hasta Ramallah, desde Rafah hasta Jerusalén, desde Belén hasta Boston, desde Khan Younis hasta El Cairo y más allá. Atallah es un palestino multirracial, nacido y criado en la ‘shataat’ (diáspora en árabe), que escribe y trabaja en Boston, EE. UU., mientras que, durante muchos meses del genocidio, Abu-Jamei sobrevivió con su esposa e hijos en Gaza, pasando del refugio en escuelas a grupos de carpas, finalmente, evacuó a Egipto en la primavera de 2024. Por ahora, Abu-Jamei permanece en el exilio con su esposa e hijos en Italia.

Aunque llevamos (Atallah y Abu-Jamei) trabajando juntos más de una década, durante el último año, desde el comienzo del genocidio, hemos encontrado formas de mantenernos conectados e incluso de reforzar nuestros lazos. Luchábamos duro para mantenernos conectados por teléfono mientras Abu-Jamei estaba atrapado en Gaza, enviándonos mensajes de audio demasiado largos, manteniendo horas de conversaciones virtuales a través de Zoom y, finalmente, iniciando una práctica de co-escritura inundada de poesía, prosa y, a veces, compartiendo lágrimas, rabia o, incluso, desenterrando una o dos oportunidades para la risa.

Recientemente, nos hemos dado cuenta de que muchas de nuestras discusiones se han centrado en compartir nuestras ideas sobre cómo podemos seguir apoyando a nuestra gente en Gaza, Cisjordania y o a aquellos que buscan alivio tras ser evacuados del genocidio y viven en El Cairo, a quienes atendemos en sesiones virtuales como sus proveedores de salud mental.

En mi caso (Abu-Jamei), viví durante muchos meses bajo el genocidio, y cada historia que escucho de la gente de Gaza, es también mi propia historia. La historia de alguien que abandona su refugio con prisas

respondiendo a una orden de evacuación, o la de alguien que ve a sus hijos aterrorizados día y noche, o la de alguien que no puede creer que su casa ya no exista, o la de alguien que piensa que esto es sólo un sueño. Por el contrario, para mí, como palestino en la diáspora que habla muy poco árabe y ha vivido con una relativa seguridad durante la mayor parte de mi vida, mi trabajo con los supervivientes del genocidio está entretejido con un hilo intergeneracional de distancia y cercanía, marcado por el desplazamiento, la diferencia y el dolor colectivo con vínculos a través del tiempo y el espacio. Las historias de mis pacientes se solapan directamente con las historias de la generación de mis abuelos, desde *la Nakba de 1947-1948* hasta *la Nakba 2023-2024*, nuestra pertenencia recíproca y nuestra exigencia de justicia, perduran.

Cuando nosotros (Atallah y Abu-Jamei) compartimos nuestras percepciones, nos esforzamos por crear conjuntamente vías de curación y formas de escuchar y apoyar a nuestros clientes, incluso cuando sabemos que no existe ninguna intervención psicológica capaz de abordar la profundidad del daño y la desesperación a los que se enfrentan nuestros pacientes. De hecho, el genocidio, por su diseño, es insuperable. El impacto del genocidio en la salud mental es insondable. La Oficina Central de Estadística de Palestina anunció que el número de muertos es el mayor número de muertos que Palestina ha presenciado desde la Nakba de 1948, con el mayor desplazamiento interno presenciado en la historia contemporánea, ya que casi un millón y medio de palestinos se reunieron sólo en la gobernación de Rafah hasta febrero de 2024 (Awad, 2024). Los informes publicados por instituciones gubernamentales palestinas, agencias de la ONU, proveedores de servicios primarios y organizaciones nacionales que trabajan en el campo de la salud mental, liderados por el Programa Comunitario de Salud Mental de Gaza, indican niveles sin precedentes de trauma psicológico y angustia grave en los niños (GCMHP, 2024). Por otra parte, Humanitarian Needs Overview (HNO), 2023, mostró que 495.600 niños en la Franja de Gaza necesitaban Servicios de Salud Mental y Apoyo Psicosocial (MHPSS), mientras que la OMS (2024) reveló en su informe, que, sobre la base de las estimaciones de prevalencia de los trastornos mentales en situaciones de conflicto, se estima que (22,1%) en la Franja de Gaza viven con trastornos de salud mental, incluyendo (5,1% de la población) con condiciones graves. Además, según el informe “Trapped and Scarred/The Compounding Mental Health Inflicted on Palestinian Children in Gaza” de Save the Children (2024), la exposición prolongada y frecuente de los niños a acontecimientos traumáticos y a duras condiciones de vida en Gaza ya había provocado una crisis de salud mental. Los niños palestinos sufrirán las consecuencias durante años. UNICEF (2024), en su informe publicado en julio de 2024, afirmaba que casi la totalidad de los 1,2 millones de niños que se calcula que hay en Gaza, necesitan apoyo urgente en materia de salud mental. Es probable que el número de niños no acompañados y separados de sus familias en

Gaza haya aumentado hasta el 3%-5% de la población total desplazada, según una reciente evaluación del Comité Internacional de Rescate (IRC, por sus siglas en inglés), que concluyó que "los niños abandonados o separados de sus familias, así como los huérfanos, se enfrentan a riesgos especialmente elevados de trabajo infantil, explotación, abandono y problemas de salud mental" (IRC, 2024).

Estamos cautivos de una escala insoportable de daño colonial contra nuestro pueblo, nuestros hijos y nuestras familias en su conjunto, que pretende obligar a los palestinos a morir o a marcharse, amputando nuestro propio arraigo en la tierra y en nuestros sistemas familiares cultivados a lo largo de tantas generaciones. Eman Ghanayem (2023) afirma que "el desplazamiento provocado por el colonialismo de los colonos exige que se cuestionen los límites entre refugiado e indígena" (p. 381). No sólo estamos atrapados en identidades falsas, sino también en una falsa dualidad entre ser "indígena" o "refugiado" (Ghanayem, 2023). Está claro que no encajamos perfectamente en estas categorías coloniales, y no lo hemos hecho durante generaciones. Las embestidas coloniales sionistas en nuestras tierras intentan obligarnos a marcharnos, pero seguimos luchando para mantener nuestro arraigo histórico en la tierra. No es una decisión abandonar tu tierra indígena ante la conquista colonial y el genocidio. No es una decisión enfrentarse a la pérdida al final de toda pérdida. Parte de ser palestino significa que rechazamos los términos establecidos por los mundos coloniales, que rechazamos los mapas establecidos sobre nuestras tierras y que rechazamos las etiquetas establecidas sobre nuestras identidades y nuestra intergeneracionalidad. Este es nuestro legado. Formamos parte de una larga lucha que se remonta a varias generaciones y que, sin duda, continuará durante muchas generaciones más. El trauma y los procesos de curación del genocidio se extienden mucho más allá del momento en que llega el alto el fuego (McVeigh, 2024).

Sabemos que la curación intergeneracional es fundamental para la identidad palestina y *el sumud* (firmeza o perseverancia en árabe). Consideramos que la curación es fundamental en nuestra lucha por seguir protegiendo y cuidando frente a la violencia colonial genocida que, por diseño, pretende hacer imposible nuestra perseverancia intergeneracional. La salud mental y la curación palestinas son un terreno de lucha, y son especialmente significativas mientras seguimos encontrando formas de hacer crecer nuestra continuidad de ríos indígenas de vida y resistencia. Tanto la curación como la continuidad dependen de nuestros hijos y antepasados, y de nuestra determinación para sobrevivir frente al genocidio y las continuas oleadas de traumas coloniales. Sin embargo, el concepto de trauma en sí mismo está cargado, arraigado en marcos psicológicos occidentales y coloniales sobre el sufrimiento humano.

Reconceptualizar el trauma colonial como mensaje intergeneracional

En nuestros procesos de apoyo a nuestros clientes en esta época de genocidio, en muchos sentidos, empezamos (Atallah y Abu-Jamei) por nosotros mismos. ¿Cuáles son nuestras formaciones, conceptualizaciones y suposiciones previas sobre el "trauma"? ¿De dónde proceden? ¿Cómo se han instalado en nuestras perspectivas? Reconocemos que nuestros pacientes nos expresan, a veces, patrones que son coherentes con las conceptualizaciones occidentales o eurocéntricas del "trauma". Sin embargo, como trabajadores de la salud mental que nos esforzamos por trabajar desde una praxis decolonial y permanecer arraigados en nuestros conocimientos, comunidades y legados indígenas, consideramos que nuestra curación existe más allá de los modelos occidentales y fuera del binario salud-enfermedad. Entendemos la propia enfermedad mental como otra forma de lenguaje, como un modo de comunicación. El trauma es un mensaje que revela al mundo lo que está presente pero no se dice, incluso cuando las personas de todo el mundo dan la espalda o se niegan a escuchar e interrumpir las heridas. El trauma es todo un lenguaje en sí mismo, en el que se transmite a todos los que escuchan el coste de la complicidad de este mundo y su incapacidad para detener una de las injusticias más horribles e imperdonables de nuestro tiempo. Además, la desesperación, la angustia, el terror, la rabia, la pérdida, la tortura que los palestinos se ven obligados a afrontar, a lo largo del tiempo y de las generaciones, comienza a destruirnos por dentro si no hacemos el trabajo para sanar todo lo que nos vemos obligados a sentir para seguir luchando contra lo que nos enfrentamos. Desde este punto de vista, nuestro trauma es un mensaje que nos comunica un camino hacia una mayor profundidad de nuestra propia humanidad y nos da nuevas direcciones, y apunta a nuevas posibilidades, si hacemos el trabajo de escuchar con un oído intergeneracional.

El daño genocida puede parecer un "trauma", pero no debemos centrarnos únicamente en los síntomas del trauma. Es nuestro deber afrontar la escala y la complejidad de la violencia sobre el individuo, pero también sobre el colectivo, sobre la tierra, sobre la historia y sobre las generaciones futuras. La herida colonial y genocida está relacionada con una injusticia imposible que siempre se extiende a través de las generaciones y sigue sembrando la destrucción entre los supervivientes.

En otras palabras, no se trata de un diagnóstico, una cura o una maldición. Lo que importa no es el victimismo, el trastorno o la enfermedad. No necesitamos necesariamente un diagnosticador, ni un psicoanalista, ni un conductista cognitivo. Necesitamos el estudio y la práctica de la escucha con un corazón intergeneracional, el desafío indígena, la voluntad de aprender y desaprender simultáneamente, y el valor y las prácticas que permitan nuestra acción colectiva por la justicia, la dignidad y la pertenencia. Además, los daños del genocidio no sólo atraviesan generaciones, cuerpos y fronteras, sino que también pueden

acumularse, confundir y profundizarse. En este ensayo, compartimos nuestras historias intergeneracionales y transfronterizas y planteamos preguntas sobre cómo nos esforzamos por trabajar para la sanación viviendo dentro de linajes liberados, esforzándonos por escuchar intergeneracionalmente.

La escucha intergeneracional y el retorno de la Nakba

Cuando yo escucho (Atallah) intergeneracionalmente, recuerdo cómo cuando era niño y crecía en la diáspora (*shataat*) en EE.UU., a veces hablaba por teléfono con mi abuelo que vivía en Sudamérica. Mi abuelo, Jamil Atallah, *allah yirhamo*, que en paz y poder descansa, huyó de Palestina tras la Nakba de 1948 y se trasladó a Chile, donde se casó con mi abuela, que era palestina de la *shataat*. Un recuerdo que me llama la atención de escuchar la voz de mi abuelo es escuchar su lección de rechazo. En este recuerdo, yo debía de tener unos 8 años. Me encantaba el fútbol, una tradición que me transmitió mi padre, que también era mi entrenador. Era una cálida tarde de otoño en California y acababa de volver del entrenamiento de fútbol.

Recuerdo que llamé por teléfono a mi abuelo y le pregunté cuándo vendría a California desde Chile para ver uno de mis partidos. Nunca nos había visitado en Estados Unidos, a pesar de que su mujer, mi abuela, había vivido en nuestra casa durante más de un año. Aun así, mi abuelo nunca hizo el viaje al norte. Por teléfono, le rogué que se subiera a un avión y viniera a mi próximo partido, como si fuera tan sencillo costearse un billete increíblemente caro, para pasar por encima de las grandes legiones del océano Pacífico entre Chile y California. No entendía que no era sólo el precio del billete, ni los grandes océanos de la Tierra lo que nos separaba: era también una historia de violencia colonial lo que nos dividía. Cuando le pregunté por qué no venía a visitarnos, intentó explicármelo, tanteando las palabras, hablando no sólo a través de acentos y traducciones, sino en un intento de transmitirme una lección sobre indigenismo, pérdida intergeneracional y amor decolonial. Lo único que recuerdo que dijo fue algo sobre problemas con los "papeles". Décadas después, tras su muerte, cuando hablaba con mi abuela de aquella llamada telefónica de cuando yo era niño, ella me explicó: *"Tu abuelo era muy testarudo. ¿Qué quieres que te diga? Se negó a conseguir papeles en Chile. Se negó. Así que no podía viajar. Así de simple. Es por eso que nunca visitó los EE.UU. Decía que se había ido de Palestina y que nunca volvería a irse de ningún otro lugar, y que no necesitaba papeles. Amaba demasiado a Palestina"*.

Mi abuela habla aquí del dolor de mi abuelo, de su negativa a obtener una cédula de identidad chilena, un pasaporte chileno, como una forma de reclamar su derecho a ser herido, a ser un sobreviviente de la limpieza étnica, a ser obligado a abandonar sus tierras y marcar tanto su condición de refugiado como su indigenidad.

Compartí esta historia de mi abuelo con coautor Abu-Jamei durante una conversación que estábamos teniendo sobre la *Nakba* y el retorno. Hablamos de cómo la vida familiar palestina sigue siendo expulsada de la tierra, ya que es la *Nakba* la que realmente regresa. Lo que sigue reapareciendo materialmente en el mundo no siempre somos nosotros en nuestras tierras, sino el genocidio. ¿Qué estamos realmente sanando ante el regreso de la *Nakba*? ¿Qué es lo que realmente queremos transmitir a nuestra próxima generación que hará crecer y protegerá nuestra dignidad, humanidad y pertenencia?

Mi historia (Abu-Jamei) sobre la escucha intergeneracional y el retorno de la *Nakba* es una narración de desplazamiento interminable. De generación en generación, como palestino de Gaza, oigo repetirse en mí y en mis hijos la historia del abuelo de Atallah. Después de siete décadas y media de esa historia, estaba en mi propia casa, en Jan Yunis Este, haciendo algunas fotos de las habitaciones, el salón y la cocina. La construimos pieza a pieza, y cada mueble tenía su historia. Era el sueño de mi vida y el de mi esposa. Un lugar donde todas las visitas sintieran paz y amor. Hice algunas fotos y me despedí. Más tarde, ese mismo día, mi mujer vio las fotos y me dijo: "¡Crees que nunca sobreviviré!". Fuimos desplazados varias veces. Tuvimos que huir de nuestro barrio para quedarnos con nuestros suegros durante unas semanas, pero luego tuvimos que huir de toda la ciudad en el este de Khan Younis. Nuestro tercer refugio fue una escuela en Rafah, después de que las bombas empezaran a caer por todas partes en Khan Younis. Más tarde, una tienda de campaña fue nuestro mejor refugio, alojándonos en un grupo con mis primos y familiares.

Actualmente soy el director del Programa Comunitario de Salud Mental de Gaza (GCMHP). Los edificios de mi lugar de trabajo -varios centros del GCMHP- han quedado parcialmente destruidos o completamente convertidos en escombros. Como organización, tenemos la responsabilidad de cuidar de las heridas psíquicas, internas y del alma de nuestro pueblo después de sobrevivir a sinergias de luchas tan duraderas, como décadas de desplazamiento, asedio, invasiones, masacres, bombardeos, cautiverio colonial, tortura, restricciones de combustible, energía, agua y alimentos, y ahora, desde el 7 de octubre de 2023, nuestro pueblo de Gaza sigue siendo el receptor de un plan genocida del régimen israelí, apoyado por muchas naciones poderosas de todo el mundo. Este patrón genocida no sólo traspasa fronteras, sino también el tiempo.

Mi familia sigue enfrentándose a oleadas de devastadoras iteraciones de desplazamientos y asesinatos en masa. Desde el 7 de octubre de 2023, mi esposa, mis hijos y yo pasamos más de medio año sobreviviendo en las zonas de la muerte, luchando por buscar seguridad desde los refugios de las escuelas hasta los grupos de tiendas de campaña en la arena. Finalmente, cuando Rafah fue la siguiente en la lista de destrucción, fuimos de los pocos gazatíes que pudieron evacuar Rafah, y ahora llevamos

varios meses a la intemperie. Mi mujer, mis hijos y yo estamos actualmente en Italia, pero nuestros corazones están allí, en Gaza.

Luchamos contra la desesperación diaria, llenos de angustia porque nuestra gente encerrada aún dentro de Gaza sigue enfrentándose a las condiciones más imposibles de esta tierra. Por desgracia, esto no es nuevo para nosotros como familia de Gaza. Por ejemplo, en la embestida que Israel lanzó sobre Gaza en 2014, a la que llamaron "Operación Borde Protector", más de veinte miembros de mi propia familia fueron masacrados en un bombardeo durante una cena de *Iftar*, la mayoría de nuestros seres queridos perdidos eran mujeres y niños.

Incluso ahora, mientras vivo en Italia, sigo lidiando con una pérdida interminable mientras trabajo como psiquiatra virtual para GCMHP, apoyando a mi equipo, gestionando la organización, y proporcionando intervenciones en crisis y supervisión para llevar tratamiento a las personas y familias que permanecen en Gaza, o a las que han sido evacuadas recientemente, la mayoría de las cuales se encuentran actualmente en Egipto. GCMHP también se dedica a la investigación y a la redacción de informes, como demuestran las reveladoras y devastadoras publicaciones sobre el impacto en la salud mental del genocidio en Gaza que publicamos el verano y el invierno pasados (véase GCMHP, 2024a y 2024b). Pocos días después de abandonar la Franja, unos primos me confirmaron que mi casa había sido arrasada. No quedaba nada allí. Miré las llaves que llevaba en el bolso y me pregunté: "*¿Las personas que huyeron de sus casas durante la Nakba y guardaron las llaves sabían si sus casas seguían en pie o habían sido demolidas?*".

Como dos trabajadores palestinos de la salud mental, luchamos (Atallah y Abu-Jamei) a menudo por cómo apoyar a las personas con las que trabajamos para que sigan transformando toda la incredulidad, la desesperación, la rabia, la angustia, el dolor y las experiencias psicológicas que aplastan el alma por haber sobrevivido a condiciones genocidas, de vuelta al amor en un largo camino hacia la curación y la libertad frente a esta *Nakba* que vuelve. Nos parece increíble que nuestros propios abuelos se hicieran preguntas similares: ¿Qué transmitimos en nuestros legados de pérdida para que siga creciendo el amor? ¿Cómo podemos proteger nuestra dignidad y humanidad? ¿Cómo podemos seguir conectados?

Como parte de una tradición de teóricos palestinos críticos de la salud mental como Ibrahim Makkawi (2015), Rita Giacaman (2018), Nadera Shalhoub-Kevorkian (2019), Lena Meari (2014) y muchos otros, en este artículo, nosotros (Atallah y Abu-Jamei) trabajamos para repensar y cuestionar la idea del “trauma” en su totalidad. Cuestionamos los conceptos de salud mental que no solo se centran en el diagnóstico, sino que también presumen que contienen las respuestas para nuestro tratamiento y curación.

Hemos llegado a creer que las preguntas de tu abuelo se convierten en las tuyas si no se responden. Esto es lo que queremos decir cuando

decimos que el “trauma” es un mensaje. El trauma es un eco; uno que requiere una escucha intergeneracional. Debemos hacer el trabajo de viajar en el tiempo de co-construir nuestra capacidad de escuchar las preguntas de nuestros antepasados, mientras también escuchamos las necesidades únicas (y cambiantes) de nuestros difuntos.

Para desarrollar la capacidad de escuchar a otras generaciones, debemos mantenernos en contacto con nosotros mismos. Por eso, en nuestro trabajo conjunto, Atallah y Abu-Jamei intentamos apoyarnos mutuamente para mantenernos en contacto con nosotros mismos, a toda costa. De hecho, vemos que muchas personas en el mundo que están perpetrando este genocidio en este momento (directa o cómplicemente) son las que han perdido el contacto con su propia profundidad de sentimientos hasta tal punto que han comenzado a deshumanizarse.

A partir de nuestras experiencias personales y profesionales, hemos llegado a comprender que, si protegemos nuestra capacidad de seguir sintiendo, de seguir escuchando y de seguir vinculándonos, podremos seguir encontrando formas de sanar. En nuestro trabajo juntos, una de las cosas que intentamos es mantenernos en contacto con nosotros mismos a toda costa. De hecho, vemos cómo muchas personas en el mundo que están perpetrando este genocidio ahora mismo (directamente o como cómplices) son las que han perdido el contacto con su propia profundidad de sentimientos hasta tal punto, que han empezado a deshumanizarse.

Un mundo colonial que apoya el genocidio es un mundo que niega el sentimiento, un mundo que se acaba. Vivimos en un momento de "final colonial", como sostiene Abourahme (2024). Este 'fin del juego colonial' es una ejecución colectiva de los propios colonizadores a medida que se acercan a su propio fin - donde ellos mismos están confundidos por nuestra persistencia intergeneracional, nuestra *sumoud*, para seguir permaneciendo juntos como pueblos indígenas detenidos en *refugeedom*, con la vista puesta todavía en nuestra libertad. Incluso cuando nuestros cuerpos individuales y colectivos se rompen en pedazos y se separan, seguimos volviendo a nuestra inquebrantable unión a pesar de todas las adversidades.

La curación como protección de la intergeneracionalidad y la (inter)conectividad de la vida palestina

Los palestinos de la diáspora (*shataat*) honramos a nuestra gente que permanece en Gaza y a todos aquellos que han sido martirizados a lo largo de tantas generaciones en esta lucha por la liberación, ya que nos negamos a perder el sentido de unión entre nosotros, con la tierra, y nuestra intactidad intergeneracional. El ataque del colonizador a nuestra integridad intergeneracional es un componente fundamental de la resistencia a *la Nakba* que regresa.

Aceptamos la pérdida y, al mismo tiempo, la rechazamos. ¿Cómo transmitimos estas prácticas intergeneracionales contradictorias de rechazo y conexión entre generaciones?

Muchos de los nuestros han tenido que abandonar su tierra, o incluso han tenido que dejar a sus seres queridos enterrados donde han caído, bajo los escombros. A veces sentimos que ser palestino es ser una vida inacabada. Sin embargo, como nuestros abuelos antes que nosotros, nos negamos a permitir que nuestro pueblo se desconecte, que no sea querido. Esta es nuestra responsabilidad como dos sanadores en un mundo que sigue colaborando para aniquilar a nuestro pueblo. Durante más de 75 años hemos visto cómo esto sucedía una y otra vez. Entendemos que la curación está siempre conectada con el viaje de transformar toda nuestra pérdida, todo nuestro dolor, de vuelta al amor. La curación intergeneracional consiste fundamentalmente en volver a formas de apoyar la interconexión y la continuidad de la vida. Cuando sanamos, nos convertimos en algo diferente a nivel del yo -individual y colectivamente- con conexiones más profundas y una promesa renovada de continuidad. Como sanadores en psicología en tiempos de genocidio, estamos en el negocio de trabajar para crear formas amorosas de estar con nosotros mismos y con los demás que sostengan la vida frente a los espacios de muerte.

Sin embargo, la propia curación en las actuales condiciones de genocidio es un proceso que conlleva más dolor, ya que la gente lucha por una visión del camino de vuelta que sea compatible con la realidad de la magnitud del dolor que está ocurriendo sobre el terreno. Vivir con pérdidas extremas, angustia, rabia e incertidumbre forman parte de *la Nakba* que regresa. En 1948, nuestras familias pensaban que abandonaban sus hogares temporalmente, hasta que las cosas mejoraran. Pero muchos nunca regresaron. Y parece que seguimos atormentados por esta incertidumbre, ya que la historia de dolor que se repite es el peor tipo de horror. Te cala hondo. Por eso, para sanar debemos tener una práctica disciplinada y una política del duelo capaz de recordar. Sin embargo, ¿cómo podemos hacer el duelo ante una herida colonial tan continua y acumulativa, ante esta *Nakba* que vuelve?

Recordar: amamos tan profundamente como lloramos

Nuestro trabajo por la sanación palestina nos enseña que no se puede sanar si no se puede vivir el duelo. Si no somos capaces de ejercer prácticas de duelo diarias y valientes, entonces nos quedamos atrapados en ciclos de la trampa mortal que es *la Nakba* que vuelve. Nuestra curación se resiste a esta trampa mortal por medio de nuestro dolor y persistencia para continuar hacia un futuro desconocido y prohibitivo, aferrándonos a la belleza de todo lo que amamos (Atallah & Awartani, 2024). Mientras lloramos todo lo que se ha perdido y todo lo que nos siguen robando, prometemos nuestra lealtad *no* a un futuro para este

mundo tortuoso, sino a un futuro totalmente nuevo. Nuestras identidades merecen el derecho a seguir fluyendo a través de nosotros, cambiándonos y conduciéndonos a convertirnos en otra cosa, hacia un "cambio que afirme la vida", que en muchos sentidos no es más que otra forma de decir "curación".

Cuando escuchamos a nuestros pacientes de Gaza, y nuestras propias historias familiares intergeneracionales, oímos los sentimientos de ser cautivos de un mundo injusto y tortuoso. Recientemente, a veces nuestros pacientes comparten con nosotros sus deseos de morir, o sus sueños de descansar cerca de sus seres queridos que han sido asesinados o permanecen bajo los escombros. Los acompañamos en su lucha contra el fuego interior que les sigue quemando vivos desde dentro. Hemos aprendido cómo el dolor puede parecer una llama imparable. La acumulación continua de pérdidas tortuosas y de tareas imposibles de supervivencia diaria, hacen que muchas personas sientan que no hay tiempo para el duelo.

Incluso cuando nos encontramos a nosotros mismos, o a los pacientes a los que atendemos, atrapados bajo los escombros psicológicos de la desesperación, seguimos buscando formas de acompañar a nuestra gente para acceder a la fluidez de nuestro duelo indígena, que se entreteje dentro de legados intergeneracionales de pérdida y amor. Como pregunta mi colega, la Dra. Sarah Ihmoud (2023): "¿Cuál es el espacio entre el duelo colectivo y el amor? ¿Cómo transformamos uno en otro? ¿Y qué significa comprometerse con el amor decolonial *como método* para la liberación palestina?" (p. 218).

Nosotros (Atallah y Abu-Jamei) ocupamos de esta cuestión. Estamos tanteando el terreno para comprender la distancia entre nuestro dolor y nuestro amor como la distancia entre la ausencia y la presencia: íntimamente entrelazadas como la contracción misma que nos mantiene en movimiento hacia la vivencia como palestinos en un mundo que sigue contento con nuestra desaparición.

Como pueblo colonizado, nuestro dolor y nuestro amor están continuamente unidos de forma "cíclica y no finalizada" (Ghanayem, 2022, pp. 399-400). De hecho, es nuestro dolor el que protege la belleza de todo lo que amamos, cerrando la distancia que el colonizador intenta acortar, no sólo entre nosotros y nuestras tierras, sino para dividirnos internamente dentro de nuestros corazones (Atallah, 2023; Atallah & Awartani, 2024). Esta es la comprensión del duelo como la "Perseverancia de la Belleza", sobre la que he trabajado con Hisham Awartani, palestino-estadounidense superviviente de un crimen de guerra el pasado otoño. Teorizamos el duelo como la protección de la belleza de lo que amamos, a medida que transformamos todo lo que hemos perdido de nuevo en amor mediante actos de cuidado y atención que afirman la vida. Un poderoso ejemplo de esto puede verse en el caso de Rasha Al-Ar'eer, una niña de 10 años de Gaza, que lo hizo mientras escribía su testamento, justo antes de

ser asesinada por Israel. Como exige Rasha en la carta que sus padres encontraron bajo los escombros (Correo del MAE del Estado de Palestina, 2024, s/p.):

Mi voluntad si me martirizan... por favor, no lloréis por mí, porque sólo duele veros llorar. Quiero que mi ropa se entregue a los necesitados, y que mis accesorios, cajas de abalorios, mesadas, libros, cuadernos y juguetes se compartan con mis primos. Por favor, no le grites a mi hermano Ahmad. Espero que cumplas mi voluntad.

Parte de la lucha actual, transnacional, para poner fin al genocidio, no sólo está en las cabinas de votación, en las calles o en las redes sociales, sino que la lucha está *aquí*, en nuestros corazones, en el paisaje de nuestras prácticas de duelo y de nuestras vidas psicológicas expansivas. Nuestras emociones también son terrenos de lucha. Debemos luchar con nuestras propias respuestas internas a todo lo que estamos viendo y sintiendo. Debemos luchar contra la pérdida de esperanza, resistir al impulso de rendirnos. Mucha gente ya está pasando página, centrándose en otros asuntos, apartándose de Palestina, incluso cuando antes estaban tan comprometidos con la paz y la justicia. No podemos desesperar, no podemos rendirnos. Esto es lo que quiere el colonialismo de colonos. Pero nos negamos a rendirnos. Nos negamos a ser víctimas de la desesperación, y esperamos que todos los que apoyan a Palestina se mantengan firmes negándose también a desesperar. A veces, nosotros -los palestinos en la *shataat* (diáspora)- nos enfrentamos al horror y al miedo constantes replegándonos en el aislamiento, amargándonos, perdiendo la esperanza, sintiéndonos alienados, alienados no sólo de nuestras tierras y nuestras familias, sino alienados de los movimientos que realmente están cambiando las cosas. Nos perdemos en nuestra pérdida. De hecho, uno de los objetivos centrales del colonialismo de colonos no es sólo aniquilarnos como colonizados, ni simplemente echarnos de la tierra. Por el contrario, el objetivo del colonizador es desplazarnos de nosotros mismos, hacernos sentir fuera de contacto con nuestro propio terreno interior, no sólo hacernos perder terreno, sino que estemos completamente encerrados en un espacio de perpetua tortura psicológica.

Por lo tanto, como sanadores de la psicología, nuestro papel está claro. Estamos aquí para apoyar la resistencia para seguir adelante, para permanecer centrados, y para seguir cosechando la abundancia de amor que emerge dentro de las profundidades de nuestro dolor colectivo. Sí, como escribe Adrienne Maree Brown (2017), "estamos de luto tan profundamente como amamos". Sin embargo, como sanadores palestinos en este momento, decimos *amamos solo tan profundamente como nos afligimos*. En tiempos de genocidio, no hay amor y cuidado auténticos cuando no estamos de luto. Y no hay nada más aterrador que la muerte del amor. La muerte del corazón forma parte de la violencia intergeneracional que se ejerce contra nosotros. La apatía ante la matanza de niños durante más de un año es una plaga psicológica, una pandemia de pesadilla.

Cuando nos enfrentamos a esta pandemia, nos esforzamos por volver a centrarnos en nuestros hijos como una promulgación crítica de la curación intergeneracional. La continuidad depende de nuestros hijos. En muchos sentidos, las palabras "indígena", "supervivencia" y "*sumoud*" (firmeza o perseverancia en árabe) son sinónimos, o al menos, son parientes. ¿Cómo podemos perseverar a través de las generaciones sin volver a recordar a nuestros hijos?

**“Lo imposible no es palestino”:
devolveremos la infancia a los niños palestinos**

Como trabajadores de la salud mental, académicos y padres palestinos, tenemos una responsabilidad distintiva y una voz única para articular, teorizar, proteger y denunciar las devastadoras consecuencias de la violencia colonial sobre nuestros hijos. Desde hace años, la profesora Nadera Shalhoub-Kevorkian ha tratado de desenterrar un lenguaje y una teoría capaces de captar el impacto sobre nuestros niños, ofreciéndonos el concepto de "deschilding" (Shalhoub-Kevorkian, 2019). Ella define 'unchildling' como "una práctica e ideología intransigente por la que la violencia contra la infancia palestina se convierte en parte de la maquinaria de guerra" (Shalhoub-Kevorkian, 2019; p. 16). Cuando trabajamos contra la 'des- infancia', nos centramos en la *re-infancia* para participar en una praxis decolonial que apoya a nuestros niños, familias y comunidades para proteger espacios de habitabilidad, a pesar de las condiciones de violencia colonial que tan a menudo no se detienen. Cuando nos mostramos con este corazón expansivo, comprendemos que nuestros descendientes nos necesitan tanto como nuestros antepasados.

Como dos curanderos y padres palestinos en esta época de genocidio, hemos teorizado la curación intergeneracional como la repulsión del daño intergeneracional pasando del dolor al amor, del amor al dolor y de nuevo al amor en una espiral de cuidados que persiste unida e intacta a pesar de que el mundo se centra en desmembrarnos, fragmentarnos y olvidarnos. Nos apoyamos mutuamente y apoyamos a nuestros pacientes para que ejerzan el valor de vivir el duelo y seguir centrados en nuestros hijos para resistir la muerte del amor. La educación y la atención sanitaria, como pilares fundamentales para el desarrollo de los niños y el futuro y la persistencia de las nuevas generaciones de un pueblo, yacen en ruinas en Gaza.

Como explica la Dra. Ihmoud, a diario, las familias palestinas realizan esta labor de apoyo y acompañamiento mutuo para proteger pequeños espacios de habitabilidad a pesar de las condiciones extremas de violencia colonial y genocidio reproductivo (Ihmoud, 2024) que continuamente separa, devasta, desplaza y desmiembra el cuerpo individual y social palestino de las formas más brutales imaginables (Shalhoub-Kevorkian, 2024). En nuestro trabajo como sanadores y trabajadores de la salud mental, nos esforzamos por poner toda nuestra intencionalidad en

proteger los paisajes de unión que son necesarios para envolver las vidas de los niños palestinos: para re-cordar y re-engendrar.

Para ello, me inspiro en una de mis pacientes de Gaza que vive ahora en El Cairo y que me contó hace poco la historia de su hermana, que vive en el centro de Gaza con sus hijos. Mi paciente me contó cómo su hermana pasa horas al día buscando la señal de una estación base de telefonía para tratar de acceder al servicio de telefonía móvil y poder conectarse a las tareas educativas que debe llevar a la tienda de campaña para que sus hijos tengan algo parecido a una escolarización. Cuando mi paciente me contó esta historia, su voz rebosaba orgullo. Dijo que sentía una profunda dignidad al nombrar las prácticas de su hermana para proteger a los niños, que, por cierto, no sólo incluyen la lucha diaria por la educación, sino también una amplia gama de acciones de protección relacionadas con las necesidades sanitarias, el agua e incluso la reducción de los alimentos que consumen como familia a una comida al día, pero garantizando que todos estén tan alimentados como sea posible. Madres y padres, tíos y tías, abuelos y tantos miembros de la comunidad en toda Gaza siguen haciendo lo imposible para luchar por los niños y preservar cualquier parte de la infancia que pueda desecharse del plato vacío de un mundo odioso y antipalestino. Mi paciente sonrió cuando me dijo: *“Sabes, mi hermana haciendo lo imposible por mis sobrinos me recuerda algo que vi en las redes sociales el otro día. Era algo así como 'Lo imposible no es palestino'. Me gustó mucho. Es tan cierto”*.

¿Cómo podemos aprender de los palestinos que ahora mismo están en primera línea en Gaza haciendo lo imposible, al estilo palestino, para proteger a la próxima generación? Nos han despojado del poder de salvar a decenas de miles de los nuestros que han sido asesinados, pero nunca nos despojarán del poder que tenemos de seguir protegiendo a nuestros hijos como podamos mediante la promulgación amorosa de lo imposible. En el centro de las prácticas amorosas está la lucha por la alimentación, la educación y la sanidad, y todos los ataques a la habitabilidad palestina. Al final de una sesión reciente con un paciente de Gaza, me dijo: *“Estoy luchando contra el genocidio con la vida, cuando encuentro formas de sentirme viva, sé que estoy ganando”*.

Observaciones finales

En este documento, hemos (Atallah y Abu-Jamei) luchado por conceptualizar el trauma como un mensaje, como una comunicación, como todo un lenguaje en sí mismo. Escuchamos y traducimos el mensaje, no sólo para los individuos y grupos con los que trabajamos como proveedores de salud mental y cuidadores, sino también, de forma más amplia, en nuestros escritos y estudios: ésta es nuestra oferta. Exigimos que el mundo escuche con nosotros lo que comunican las voces reveladoras de los palestinos que exigen dignidad y justicia en todos los espacios y tiempos. Escuchamos los mensajes en nuestros pacientes y en

nuestras propias vidas y legados familiares, fragmentados y afligidos, desmembrados y dispersos, pero unidos en nuestro amor decolonial y nuestra persistencia para seguir hablando desde nuestra supervivencia colectiva e intergeneracional.

En este artículo, reimaginamos el trauma que enfrentamos como comunidades indígenas como resultado del colonialismo de asentamiento como algo que no es una “enfermedad mental”, sino que está conectado con el silencio y la incapacidad del mundo para detener permanentemente el genocidio. Nuestro trauma comunica que los abusos coloniales de poder continúan funcionando al quitarnos el poder de expresar lo que nos está sucediendo de una manera que conduzca a los cambios necesarios para que los abusos se detengan y pueda comenzar el trabajo por la justicia. En otras palabras, nuestro trauma es la expresión de nuestro cuerpo y alma de la *ebada* (aniquilación en árabe) contra nosotros: abusos coloniales de poder que enfrentamos como palestinos una y otra vez. Estos abusos continúan robando el poder de nuestra voz colectiva intergeneracional para hacer cambios que afirmen la vida en el mundo para que la *ebada* se detenga efectivamente, no simplemente en “ceses del fuego” periódicos, sino en nuestra liberación colectiva. Nuestro trauma es una forma de comunicación, no es una disfunción o una enfermedad. Nuestro trauma intergeneracional es un mensaje persistente a un mundo genocida, y nuestra curación es un sonido de nuestra victoria.

Teorizamos la curación palestina inspirándonos en nuestra gente en primera línea en Gaza, que sigue encontrando formas de contribuir a la continuidad colectiva de nuestro pueblo frente a lo imposible. Ante el retorno de *la Nakba*, defendemos la importancia de centrar el trabajo de devolver la infancia a los niños palestinos. No se trata sólo de nuestra responsabilidad como sanadores y cuidadores, sino de la responsabilidad de todo el mundo. Un mundo que ha normalizado la muerte del amor es un mundo que debe quedar atrás. *No tenemos el poder de devolver la vida a los niños que han sido asesinados, pero sí tenemos el poder de devolver la infancia a los niños que han sobrevivido.* Esto no es una ilusión, una esperanza vacía ni una opinión profesional. Nuestro llamado es a reorganizarnos de inmediato e interrumpir el mundo uniéndonos a las luchas para proteger la infancia palestina, un recordatorio urgente a toda la humanidad para que escuche los ecos más poderosos de la injusticia de nuestro tiempo. Cuando escuchamos con atención, aún podemos oír el sonido de nuestra victoria: en los momentos de silencio, en el resplandor colectivo y en las infinitas lecciones de amor de nuestro pueblo.

Referencias

- Abourahme, N. (2024). In tune with their time. *Radical Philosophy*, 216, 13–20.
- Aljazeera (2023). *Israeli defense minister orders ‘complete siege’ on Gaza.* <https://www.aljazeera.com/program/newsfeed/2023/10/9/israeli-defence-minister-orders-complete-siege-on-gaza>.

- Atallah, D.G. (2023). Beyond grief: Decolonial love for Palestinian life. *Journal of Palestine Studies*, 52 (4), 70-75.
- Atallah, D.G., Awartani, H. (2024). Embodying homeland: Palestinian grief and the perseverance of beauty in a time of genocide. *Journal of Palestine Studies*, 53(1), 137-145.
- Atallah, D.G., & Ihmoud, S. (2024). A world without Palestinians. *The Massachusetts Review*. <https://massreview.org/node/11753>.
- Awad, O. (2024). The Nakba: Continuous ethnic cleansing, displacement of Palestinians, colonialism and taking over Palestinian Lands. *Palestinian Central Bureau of Statistics*. <https://www.pcbs.gov.ps/post.aspx?lang=en&ItemID=5750>.
- brown, a.m. (2017). *Emergent Strategy: Shaping Change, Changing Worlds*. Chico: AK Press.
- GCMHP (2024a). *Nine Months of Israel's War on Gaza: the Mental Health Impacts & Gaza Community Mental Health Programme Response*: <https://gcmhp.org/publications/4/208>.
- GCMHP (2024b). “There, People Suffer And Die”: A Qualitative Analysis Report 2024: <https://www.gcmhp.org/publications/4/220>.
- Ghanayem, E. (2022). Proactive grief: Palestinian reflections on death. *Meridians: feminism, race, transnationalism* 21(2), 397-412.
- Ghanayem, E. (2023). Being Indigenous and refugee: The duality of Palestinian and American Indian narratives. In E. L. E. Gandhi, & V. Nguyen (eds.), *The Routledge Handbook of Refugee Narratives* (pp. 381-392). New York: Routledge.
- Giacaman, R. (2018). Reframing Public Health in wartime: From the biomedical model to the “wounds inside.” *Journal of Palestine Studies*, 47(2), 9-27.
- Ihmoud, S. (2023). On love, the Palestinian way: Kinship, care and abolition in Palestinian feminist praxis. *State Crime Journal* 12(2), 206-224.
- Ihmoud, S. (2024). *Countering reproductive genocide in Gaza: Palestinian women's testimonies*. University of Massachusetts Boston, Paper Presentation for the Consortium on Gender, Security, and Human Rights, November 5, 2024.
- IRC (2024). *Gaza: The IRC warns of alarming gap in care for unaccompanied and separated children in Gaza*. <https://www.rescue.org/press-release/gaza-irc-warns-alarming-gap-care-unaccompanied-and-separated-children-gaza>.
- Makkawi, I. (2015). Community psychology enactments in Palestine: Roots and current manifestations. *Journal of Community Psychology*, 43, 63-75.
- McVeigh, K. (2024). ‘We can’t give up on 1 million children’: the charity bringing psychological first aid to Gazans. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2024/dec/07/we-cant-give-up-on-1-million-children-the-charity-bringing-psychological-first-aid-to-gazans>.

- Meari, L. (2014). Reconsidering trauma: Towards a Palestinian community psychology. *Journal of Community Psychology*, 43(1), 76–86.
- Pappé, I. (2007). *The ethnic cleansing of Palestine*. London: Oneworld.
- Save the Children (2024). *Trapped and scarred: The compounding mental harm inflicted on Palestinian children in Gaza*. <https://resourcecentre.savethechildren.net/pdf/Trapped-and-Scarred-Final-1-1.pdf/>
- Shalhoub-Kevorkian, N. (2019). *Incarcerated childhood and the politics of unchilding*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shalhoub-Kevorkian, N. (2024). Ashlaa' and the genocide in Gaza: Livability against fragmented flesh. *Hot Spots, Fieldsights*. <https://culanth.org/fieldsights/ashlaa-and-the-genocide-in-gaza>.
- State of Palestine MFA Post (2024). *Official channel of Palestinian Ministry of Foreign Affairs and Expatriates*. <https://x.com/pmofa/status/1842172450328748197>.
- UNICEF (2024). *Humanitarian Action for Children 2024 - State of Palestine*. <https://reliefweb.int/report/occupied-palestinian-territory/humanitarian-action-children-2024-state-palestine-revision-3-june-2024>.
- WHO (2024). *WHO's work in health emergencies. Health conditions in the occupied Palestinian territory, including east Jerusalem*. Geneva: WHO. https://apps.who.int/gb/ebwha/pdf_files/WHA77/A77_12-en.pdf.

Reconocimiento y Expresiones de Gratitud

Agradecemos a prima Alejandra Atallah por su ayuda con la traducción al español de este artículo. Y por último, nos gustaría expresar nuestra profunda gratitud a nuestras compañerxs de la Universidad de Brasilia, del departamento de psicología, salud pública y del sindicato de profesores, quienes nos ayudaron a desarrollar este trabajo en un acto del amor descolonial durante una estancia en Brasil en diciembre de 2024.

Fecha de recepción: 05 de febrero de 2025

Fecha de aceptación: 02 de mayo de 2025